

Y aun la brisa arrastrar parece lumbre
En chispas desprendidas de la tea
Del vecino volcán sobre la cumbre;
Donde la vida con exuberancia
Surge de todo lo que tiene vida,
Con jugosa y magnífica substancia,
Y de bosques y llanos la fragancia
A bendecir al Hacedor convida:
¿Qué decirte podré? ¡Tal escenario
Digno es de la virtud que en tí contemplo
Brillar con un ardor extraordinario,
Y miro que la fuerza de tu ejemplo
Convierte esa región en rico templo
Digno también del Martir del Calvario!

Alberto Santoscoy.



AL ILMO. Y RMO.

SR OBISPO DR. D.

Atenógenes Silva,

EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU

PRIMERA MISA.



PERMITE, augusto Príncipe, que me asocie á los que celebran con santo y noble entusiasmo una fecha que es para esta Arquidiócesis, para tu sede episcopal y aún para todo el país, poderoso motivo de satisfacción, por referirse al bendito sacerdocio de uno de sus más esclarecidos hijos. Tus discípulos han tomado la iniciativa para hacer patente al mundo entero, por medio de esta fiesta, que el noble sentimiento de la gratitud, lejos de extinguirse en este hermoso suelo de Jalisco, es, por el contrario, como el emblema que, cual fragante flor, siempre acompaña á la hermosísima rosa del amor. Yo, el último de los que fueron tus primeros discípulos, aunque de los que menos se aprovecharon de tu sapientísima y prudente dirección en la carrera literaria, quisiera añadir mi pequeña hoja al balsámico florón que hoy te ofrecen mil corazones cuyos sentimientos has avasallado con el inmenso atractivo de tu santa y preclara vida sacerdotal.

Los que recibimos de tí el primer aliento de la vida escolar, hemos seguido paso á paso observando los inmensos avances de tu apostolado, á partir del gran día en que, sacerdote santo de la nueva Ley, ofreciste por primera vez el incruento sacrificio del altar. Desde aquellos solemnes momentos en que con aquella Hostia purísima ofreciste al Eterno Dios, tu vida toda y tus trabajos y tus obras y tu ministerio y tu inteligencia y tu magisterio y las almas de tus dirigidos en todos sentidos, has caminado de virtud en virtud en admirable progreso, hasta encumbrar los más eminentes peldaños de la jerarquía eclesiástica y de la verdadera ciencia, que te colocan al presente, muy cerca de Dios, porque quien ama y practica la virtud está cerca de El . . . Desde entonces, querido Maestro, cuántas veces has aplacado á Dios ofreciendo la Víctima infinita por los pecados del mundo materializado y corrompido; cuántas almas has ganado para la gloria del Señor; cuántos corazones has conmovido y ablandado como la cera al máigico impulso de tu elocuente palabra; cuántas lágrimas has enjugado con el poderoso auxiliár de la santa caridad que te caracteriza, y cuántas inteligencias, por último, que han bebido de la fuente inextinguible que tú les abriste, se han cultivado hasta formar una pléyade de verdaderos sabios que al presente son el sostén de la Religión y el noble orgullo de esta tierra privilegiada . . .

Y al presente, que empuñas con vigorosa mano el cayado del Pastor, y que sentado sobre el alto puesto á que necesariamente debiste ascender, con la plenitud del sacerdocio gobiernas una grey que vive de tu vida santa, y todos tus hijos, todos tus admiradores, todas tus ovejas y todos tus discípulos, en particular, nos prometemos días más y mejores para la Religión, para la Patria y, especialmente, para los dichosos mortales que son y serán el objeto inmediato de tu episcopado.

Muchos de tus discípulos han traspasado ya la barrera del tiempo, y ellos, desde la mansión de las eternas armonías, donde inundados de luz indeficiente ven á Dios cara á cara, admiran en tí, mejor que nosotros, la imagen del Ungido, cuyas virtudes practicas en alto grado de perfección: ellos, despojados de la venda material, experimentan los finales efectos de tus ejemplos y de tu enseñanza.

Por tanto, la fiesta con que hoy conmemoramos tu sacerdocio, es para ellos, al par que para los que aun estamos sometidos á las vicisitudes de la pobre humanidad, motivo de felice remembranza, y todos bendecimos á Dios con entusiasmo supuesto que nos concede la dicha de guardar tu vida importantísima.

Entre tanto, amadísimo padre, nosotros, unidos á las innumerables personas y á la sociedad que hoy se alegran contigo, cuyos ecos armoniosos, por decirlo así, repercuten hasta los confines de la nación, te rogamos te acuerdes siempre de tus hijos y pídas al Eterno se digne bendecirnos.

Pbro. Vicente Castañeda.

PARA EL ILMO.
SEÑOR SILVA.

AY un pueblo, Señor, que desde las apartadas soledades en que vive, os admira colmádoos de bendiciones; un pueblo que por los elementos que le rodean aparece revestido de pintorescos matices que lo hacen esencialmente poético: Sus encrespadas montañas de granito en cuyas cimas las nieves se perpetúan; su azul y pequeño lago, cristal purísimo en que se reflejan los diversos tintes que coloran el horizonte, y que al par que hermosea dicho lugar, da vida á multitud de terrenos de exuberante y lozana vegetación; sus verdes y extensos contornos donde la mirada contemplativa — como á través de un velo de nítida transparencia, — se dilata y observa con inefable satisfacción aquel derroche espléndido de color y de poesía; sus humildes pero majestuosos templos, presuntos fieles de la profunda y cristiana fe que anima el corazón de sus hijos; su cielo eternamente diáfano, perennemente puro . . . todo, todo respira belleza en ese pueblo de quien vos fuisteis padre y maestro, puesto que registéis sus destinos espirituales; padre y maestro, sí, puesto que al transmitir á las conciencias de sus hijos la luz siempre inmortal de vuestra docta inteligencia, inculcándoles los morales y sanos principios de esa institución sagrada, toda amor y toda paz, que en medio de

un cruento sacrificio nos legó el Mártir de los mártires, le mostrabais con índice seguro el sendero de la Jerusalem Celestial; el sendero único que nos conduce á la morada de los inefables gozes y de las eternas venturanzas. . . . Por eso las sencillas y bondadosas gentes de ese lugar, jamás olvidarán los inmensos é inapreciables beneficios que de vos recibieron; porque su pecho, incapaz de dar cabida á sentimientos impuros y execrables, sabe abrigar la más noble de las afecciones humanas: la gratitud.

Sí, la ciudad Zapotlense, esa ciudad que ha sido cuna de héroes, os recuerda y os bendice, confiando en que nunca se borrará del corazón vuestro el afecto que siempre supo inspiraros. Vuestras glorias, Señor, le pertenecen. La corona de laurel inmarcesible que lleváis puesta sobre las sienes y que esplende inmortalidad, también luce en su frente ungida por vuestras bendiciones. Los triunfos que conquistáis con el poderoso genio que alienta vuestro espíritu, son triunfos que le satisfacen y que le enorgullecen, porque su destino va unido al que á Dios le plugo concederos.

No os extrañe, pues, que ahora, esa población que tanto os debe y que tanto os quiere, al recordar el XXV aniversario de vuestra ordenación sacerdotal,—solemne acto que os impuso una misión que sabía y dignadamente habéis practicado hasta aquí,—se sienta grande con vuestra grandeza. El júbilo que experimenta, si lo pudiera traducir en palabras, brotaría de su pecho condensado en la forma de un himno de sublime y gigante inspiración que se hiciera eco no sólo en los mezquinos ámbitos de la tierra, sino en las elevadas regiones de lo infinito; pero, por desgracia, el caudal de inteligencia que posee es demasiado reducido para satisfacer su deseo y sólo se limita á rendiros en la expresión más sencilla, pero más ingénuo, su tributo de admiración, respeto y gratitud: tributo humilde, en verdad, como los corazones de donde brota; pero que lleva envuelto en sí el perfume de los holocaustos que se tributan á los escogidos del Señor: incienso purísimo que, separándose de las ruindades mundanas, asciende por esa escala infinita que conduce á las excelsitudes donde mora la Majestad Increada.

Dignáos, pues, Señor, aceptar ese tributo que es la síntesis de los nobles y puros afectos que os profesa todo un pueblo.

Emiliano Gómez.



¡SALVE!

Tienes luz en la mente,
Y abierta siempre con amor la mano
Para el que vive mísero indigente:
¡Oh! ¿quién cantar pudiera el fuego *ingente*
De tu sublime corazón cristiano?

¿Quién pudiera cantarte? La *palabra*
Es estoica y es fría;
Empero un manantial de poesía
En tu loor anhelo que se abra,
Y que se alce radiante de alegría
En tus BODAS DE PLATA el alma *mía*.

Fenelón en la cátedra sagrada,
Brotan conceptos de tu puro labio
Con que á tu grey tú tienes preparada
A practicar la caridad amada
Como justo varón al par que sabio.

Y no es tan sólo tu palabra *santa*
La que á todos conmueve y edifica:
Que tu mano también el bien practica,
Y donde quiera que posó tu planta
A la virtud un templo se edifica.